Las uvas de la ira
(Capítulo XI)
John Steinbeck
(1902-1968)

Las casas quedaron vacías en la tierra, y por eso la tierra quedó también vacía. Sólo las carrocerías de los tractores, de hierro moldeado, plateadas y brillantes, seguían viviendo; y vivían con

sistencia. Se va de él el calor, como el calor de la vida abandona a un cadáver. Entonces las puertas de metal se cierran y el hombre del tractor se va al pueblo, a su casa, quizás a veinte millas de distancia, y no necesita regresar en muchos meses, porque el tractor está muerto. Y esto es eficiente y fácil. Tan fácil, que no despierta

asombro; tan eficiente, que nada asombra en la tierra y en su cultivo, y con este asombro desaparecen esa comprensión honda y la relación del hombre con la tierra. Pues la tierra no es ni fosfatos ni nitratos; y lo largo de la fibra del algodón no es la tierra.

El carbón no es un hombre, ni la sal ni el agua ni el calcio. Es

Las puertas de las casas vacías quedaron abiertas de par en par, y se balancearon a impulsos del viento. Bandadas de muchachos llegaron de los pueblos vecinos a romper los vidrios de las ventanas y a hurgar entre los desperdicios, buscando tesoros. "Aquí hay un cortaplumas al que le queda media hoja. Es

un hallazgo. Y… aquí huele como si hubiera una rata muerta. Y mira lo que Whitey escribió en la muralla. También escribió eso en la pared del lavabo de la escuela, y la profesora le obligó a borrarlo".

Cuando se fueron los moradores y llegó la primera noche, los gatos vagabundos salieron del campo

las vigas, y en las casas vacías quedó el olor de sus excrementos.

Y los ratones se fueron a vivir a las casas y almacenaron sus provisiones en los rincones, en las cajas, en el interior de los cajones de la alacena. Y las comadrejas vinieron a cazar a los ratones, y los búhos entraron y salieron.

Y llovió un poco. La maleza creció junto al

escalón del umbral, donde nunca había crecido, y el patio se cubrió de musgo. Las casas estaban vacías, y una casa vacía pronto se va deshaciendo. Las maderas comenzaron a abrirse. Los suelos se cubrieron de una capa de polvo, rasgada tan sólo por las huellas de los ratones y las comadrejas y los gatos.

Impreso en Bogotá

fuerza de metal, gasolina y aceite, y brillaban los discos de sus arados. Los tractores tenían las luces encendidas, porque para los tractores no hay diferencia entre la noche y el día, y en la noche los discos hendían la tierra y resplandecían a la luz del día.

Y cuando un caballo cesa en su trabajo y se va al cobertizo, queda

una vida y una vitalidad, hay respiración y calor de vida, y hunde sus cascos en la paja y sus mandíbulas estrujan el heno, y las orejas y los ojos están vivos. Hay un calor de vida en el pesebre, y el calor y el aroma de la vida. Pero cuando se detiene el motor de un tractor, queda tan muerto como el mineral que le dio con-

todo esto, pero es mucho más, mucho más; y la tierra es mucho más que su análisis. El hombre, que es más que la química, que camina sobre la tierra, que evita con su arado una piedra, que suspira por su cosecha, que se arrodilla en la tierra para comerse su almuerzo; ese hombre, que es más que sus elementos, conoce

la tierra, que es más que un análisis. Pero el hombre-máquina, que guía un tractor por una tierra que no conoce ni ama, comprende sólo la química y desdeña a la tierra y se desdeña a sí mismo. Cuando se cierran las puertas de hierro moldeado, se va a su casa, y su hogar no es la tierra.

y se acercaron maullando a los porches. Y cuando nadie salió, los gatos se metieron por las puertas abiertas y caminaron maullando a través de los cuartos vacíos. Y entonces volvieron a los campos, y desde entonces fueron gatos salvajes, cazaron roedores y ratones del campo y durmieron en zanjas durante el día.

Cuando llegó la noche, los murciélagos, que se habían detenido en las puertas por miedo a la luz, se metieron en las casas vacías y recorrieron volando los cuartos desocupados, y al poco tiempo se quedaron durante el día en los rincones oscuros, doblando sus alas, y permanecieron colgados, cabeza abajo, de

Una noche, el viento soltó una teja y la empujó al suelo. El viento que vino después se metió en el agujero que había dejado la teja y soltó tres más, y el siguiente, una docena. El sol del mediodía quemó a través del agujero del techo y proyectó en el suelo una mancha brillante.

Por la noche llegaron de los campos los

gatos salvajes, pero ya no maullaron en los porches. Se movieron como sombras a través de la luz de la luna y se metieron en los cuartos a cazar ratones. Y las noches de viento, las puertas golpearon con violencia, y las cortinas rasgadas ondearon en las ventanas sin cristales.